

# *El ideario costista en Eugenio Noel\**

POR  
JESÚS VICENTE HERRERO\*\*

Joaquín Costa necesitó viajar por Europa para recoger los avances de la modernidad y trasladarlos a una España atrasada. Su viaje cobró sentido dentro del afán analítico de la Institución Libre de Enseñanza. Igualmente, el bohemio Eugenio Noel continuó la labor de Costa en sus personales viajes por España, aunque su regeneracionismo fue la concretización del artista rechazado por la sociedad de su tiempo.

Noel recogió de Costa muchas ideas. Entre otras, el estudio y el conocimiento de lo popular o las ideas sobre el caciquismo. Pero su particular forma de enfocar el programa educativo se construyó mediante el contacto directo con el pueblo y las conferencias.

El programa de Noel se vertebró alrededor de la dicotomía tradición *versus* tradicionalismo. A pesar de ello, en el pensamiento de Costa siempre hubo la esperanza de trasladar este enfrentamiento a las instituciones políticas. Sin embargo, la intención de Noel consistía en mostrar las virtudes y los vicios de la raza. El objetivo de su pensamiento era crear la idea de una nación progresista. En definitiva, Noel utilizaba el sustrato ideológico de Costa, pero su compromiso con la bohemia definió otra manera de exponer su programa. La descripción realista de sus experiencias tuvo como finalidad facilitar la labor del “hombre capaz” que buscaba dar forma a la conciencia colectiva positiva, única manera de construir una patria en común.

Joaquín Costa eut besoin de voyager à travers l'Europe pour recueillir les avances de la modernité et pouvoir les transférer à une Espagne sous-développée. Leur voyage eut relation avec l'effort analytique de l'Institución Libre de Enseñanza. De même, le bohème Eugenio Noel continua le travail de Costa dans leurs personnels voyages à travers l'Espagne, bien que leur regenerationnisme fut la concrétisation de l'artiste répudié par la société de leur temps.

Noel acquit beaucoup des notions de Costa. Entre autres, l'étude et la connaissance des sujets populaires ou les idées sur le caciquisme. Mais leur façon personnelle d'envisager le programme éducatif se construit grâce au contact direct avec le peuple et les conférences.

Le programme de Noel prenait son sens autour de la dichotomie tradition *versus* traditionalisme. Malgré tout, il eut toujours dans le pensée de Costa un espoir sur la possibilité de transporter cet affrontement aux institutions politiques. Néanmoins, l'intention de Noel consistait à montrer les vertus et les vices de la race. L'objectif de sa pensée était de créer l'idée d'une nation progressiste. En définitive, Noel se servait du substrat idéologique de Costa, mais leur engagement avec la bohème définit une autre manière de concrétiser leur programme. La description réaliste de leurs expériences avait comme objectif de faciliter la tâche de “l'homme capable”, qui essayait de modeler une conscience collective positive, seule forme de construire une patrie en commun.

---

\* Este trabajo ha sido posible gracias a la financiación del Departamento de Educación del Gobierno Vasco.

\*\* Universidad Autónoma de Madrid.

Joaquín Costa necesitó viajar a París para recibir el impacto doloroso de un contraste de civilizaciones. La España que dejaba atrás en nada se parecía a aquella urbe moderna que se había erigido en una nación trabajadora y progresista. Al asombro momentáneo le siguió, a partir de entonces, una clara concienciación del marasmo en que se encontraba su país. De este dolorido impacto surgió una vocación imperecedera, y muy pocas veces reconocida, que consistía en eliminar las grandes diferencias entre España y Europa.<sup>1</sup>

En el joven Costa el viaje fue una fuente de conocimiento directo. Desde la aldea altoaragonesa, descansando en el gran sueño de la democracia rural consuetudinaria, se trasladaba a un espacio que ya había recogido los grandes avances de la modernidad. La arquitectura, el urbanismo, la educación, la cultura o la política eran absorbidos en un posible recetario de aplicación en España.<sup>2</sup> El eclecticismo, e incluso la ingenuidad de sus propuestas, no impidieron que muchas de estas manifestaciones se mantuvieran intactas durante toda su vida: “Ahora que la Exposición Universal de 1867 nos ha revelado en elocuente lenguaje el nivel de todas las naciones, y que ha podido tomar lo bueno de todos preguntando qué debe hacer España para sacudir ese sueño pesado que empaña nuestra Historia...”<sup>3</sup>

<sup>1</sup> Rafael PÉREZ DE LA DEHESA. *El pensamiento de Costa y su influencia en el 98*, Madrid, Sociedad de Estudios y Publicaciones, 1966, p.16.

<sup>2</sup> No es la primera vez que la literatura se ocupó de estos asuntos durante el siglo XIX, aunque nunca con estas características. La literatura costumbrista intentó trasladar las virtudes de los países europeos al ámbito español. Pero la diferencia que se establecía entre el costumbrismo y los regeneracionistas era evidente. En principio, porque los primeros salieron al extranjero en calidad de observadores. El propio Mesonero, quien además atacaba la excesiva influencia francesa en nuestro país, así lo atestiguó en *Recuerdos de viaje por Francia y Bélgica* en 1840 y 1841. En definitiva, esta literatura pretendió recoger los aspectos positivos de estos países como medio de convertir la capital de España en un espacio que reflejara un gran país. Sus intentos pretendían eliminar los tópicos con que los románticos europeos habían caracterizado a España. En sus manos se había dejado una labor que las instituciones habían sido incapaces de llevar a cabo. Consistía esta en construir una nación a la imagen y semejanza de una clase burguesa en ascenso, aspecto que no se conseguiría hasta la literatura realista de Galdós. En Joaquín Costa el viaje no estaba planificado. Ni siquiera había una idea previa de las diferencias entre España y Europa. Fueron la propia experiencia y su afán de estudioso observador los que evidenciaron la necesidad de cambios. Se plasmaba de este modo la evolución desde una literatura de viajes burguesa y acomodaticia —viajeros pasivos sin intenciones científicas, analíticas o investigadoras— al viaje en busca de los remedios para la patria. Tanto en Joaquín Costa como años después en Eugenio Noel, el amor por su tierra combinaría la crítica feroz —algo que se daba muy matizadamente en la literatura anterior— con la asimilación de los proyectos viables. Más que de viaje literario en Costa —en Noel el viaje y la literatura siempre estarían imbricados—, habría que hablar de viaje puramente regeneracionista. Para ahondar en las ideas europeizadoras de Costa es imprescindible el estudio de Óscar Ignacio Mateos y de Cabo, *Nacionalismo español y europeísmo en el pensamiento de Joaquín Costa*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1998.

<sup>3</sup> Joaquín COSTA, *Ideas apuntadas en la Exposición Universal de 1867 para España y para Huesca*, Huesca, Imprenta de Antonio Arizón, 1868, p. 17. No deberíamos olvidar que el propio Galdós acuñó a esta exposición y que de ella trajo el proyecto de la novela realista y la reforma literaria en

La estrecha relación que Joaquín Costa mantuvo con la Institución Libre de Enseñanza marcó su actitud viajera. La Institución le abrió las puertas del krausismo, entre cuyos principios estaba el intento de eliminar el abismo respecto a Europa. Ello implicaba el reconocimiento expreso de sus postulados y su análisis. El propio Giner de los Ríos describió al Costa excursionista en estos términos: “Era asiduo excursionista con los alumnos a los museos, fábricas, instituciones públicas, sin faltar los miércoles a presenciar los juegos escolares del Puerto de San Fernando”.<sup>4</sup>

Al igual que Costa, Eugenio Noel recuperó el empuje regeneracionista en muchos de sus trabajos.<sup>5</sup> Con toda posibilidad fue el escritor que, durante el primer tercio del siglo XX, mejor resucitó el alma del pensador aragonés. Pero Noel no solo heredaba los diagnósticos de España hechos por Costa. Además de ellos, su adscripción a una bohemia alejada de la sociedad<sup>6</sup> y de los ámbitos culturales asentados en la gran ciudad le facilitó su itinerancia.<sup>7</sup>

Sin existir una diferencia social de base, ya que ambos escritores provenían de clases humildes, Noel recogió, de este modo, los sustratos de un amplio número de artistas obligados por las circunstancias finiseculares al desarraigo.<sup>8</sup> Esta situación proporcionaba un nuevo punto de vista sobre el estado de la nación, pues sobre la

---

España. Cfr. Francisco CAUDET, *Zola, Galdós, Clarín. El naturalismo en Francia y España*, Madrid, Universidad Autónoma de Madrid, 1995, p. 235. La influencia francesa en Galdós indica hasta qué punto los escritores españoles recogieron los adelantos de las civilizaciones más avanzadas por esas fechas.

<sup>4</sup> Luis ANTÓN DEL OLMET, *Los grandes españoles: Costa*, Barcelona, [s. n.], 1917, pp. 311-312. Citado por Rafael PÉREZ DE LA DEHESA, *op. cit.*, p. 20.

<sup>5</sup> Observó Javier Barreiro que “una de las formas de desacreditar a Noel ha sido la de tildarle de regeneracionista tardío, como si las realidades que mostró hubieran sido corregidas a partir de las denuncias de la generación anterior a él” (*Cruces de bohemia*, Zaragoza, Unaluna Ediciones, 2001, p. 74).

<sup>6</sup> Su adscripción a la bohemia se colige perfectamente de la postura que toma ante las primeras lecturas de juventud. A través de ellas, se enfrenta a la sociedad que ha destruido su vida y la de muchos trabajadores como su madre: “Leo por este tiempo centenares de obras y novelas. En la anarquía de lecturas encuentro un hilo conductor, mi amor al pueblo y a la raza, en los que veo a mi y a mi madre. El Progreso me inspira” (*Diario íntimo*, I, Madrid, Taurus, 1962, p. 190). Contrariamente a muchos bohemios faltos de fuerzas y de voluntad, Noel llevó adelante estas propuestas, sin desfallecer, hasta el final de su vida. El propio Cansinos-Assens, al establecer la semblanza de Noel, dejó constancia de su militancia en una bohemia genuina: “Sería capaz de cualquier sacrificio, de consumirse en la hoguera por esta diosa ardiente (la cultura). Por ella, como los predicadores religiosos, se entenece, se hace patético y humanísimo” (*La nueva literatura*, II, Madrid, Sanz Calleja, s. f., pp. 84-85).

<sup>7</sup> En cierto modo, su alistamiento para participar en la Guerra del Riff fue consecuencia de las penurias económicas que Noel padeció en Madrid. El propio Noel, en su *Diario íntimo*, I, dice que Ortega y Gasset le aconsejó esta idea: “A ti te falta vida propia; alístate y hazte hombre en Marruecos” (*op. cit.*, p. 212).

<sup>8</sup> Mientras Joaquín Costa perteneció toda su vida a instituciones oficiales (Institución Libre de Enseñanza, Liga Nacional de Productores, etc.), Eugenio Noel tuvo que luchar en numerosas ocasiones por sobrevivir en un medio hostil. Su *Diario íntimo* está plagado de descripciones donde las dificultades provocadas por la economía diaria son tema de primer orden.

base teórica de Costa, Noel proyectaba los problemas de una España descrita por aquellos que habían sufrido en sus carnes la indiferencia de los estamentos oficiales.” Este proceso de erosión española fue descrito, en muchas ocasiones, como un fenómeno que no había surgido repentinamente en el 98. Su camino hacia la degeneración había sido largo y localizado durante bastantes periodos históricos, tal y como lo expresó Manuel Tuñón de Lara:

La España tradicional agraria, de mentalidad aristocrática de “ancien régime”, orgullosa de las derrotas gloriosas de su historia, adormilada en la huera altisonancia poética de un Núñez de Arce o de un Bernardo López [...], vieja estampa de corridas de toros, desfiles militares, sopa boba en los conventos [...], latifundios mal labrados y dehesa para toros de lidia [...], universidades aún dominadas por la escolástica...<sup>10</sup>

Teniendo en cuenta la traslación de la carga ideológica de Costa al ambiente en que Noel hubo de desarrollarse, resulta más comprensible su evolución y particulares caracteres.

Uno de los aspectos más interesantes que Noel recogió de Costa fue el estudio y conocimiento de lo popular.<sup>11</sup> Había, sin embargo, un matiz que los diferenciaba. Lo que en Costa era expresión del espíritu colectivo, manifestado a través de la poesía popular,<sup>12</sup> en Noel fue siempre un esfuerzo destinado al intento de penetración en ese

\* Aunque no se puede achacar a los hombres del 98 una pertenencia plena a la oficialidad, sí puede decirse que su diagnóstico de España implicó un alejamiento dialéctico de la sociedad de su tiempo. Noel había escrito de ellos en su *Diario íntimo*: “Los del 98 son todos hombres que cierran una época. Hombres broches. ¿Qué horizontes nuevos abren? Contribuyen a la anquilosis de la raza. Intelectuales sin dinamismo. Sentimentales. Seremos los novecentistas los que extirparemos el cáncer que está royendo la vitalidad de la raza” (*op. cit.*, p. 41). Para la extirpación de ese cáncer Noel indagó en las raíces del problema, lo cual le obligaba a sumergirse en el pueblo más bajo. Todo ello sin menoscabo, como veremos, de un planteamiento erudito que le hubiera hecho merecedor de pertenecer a las más altas cotas literarias de su tiempo.

<sup>10</sup> Manuel TUÑÓN DE LARA, *Costa y Unamuno en la crisis de fin de siglo*, Madrid, Edicusa, 1974, pp. 16-17. En buena medida, este esbozo histórico fue corroborado por Unamuno, quien quitaba importancia a las revoluciones del siglo XIX al alejarse de la pura realidad: “No fue la Restauración de 1875 la que reanudó la historia de España; fueron los millones de hombres que siguieron haciendo lo mismo que antes, aquellos millones para los cuales fue el mismo sol después que el de antes del 29 de septiembre de 1868, las mismas sus labores, los mismos cantares con que siguieron el curso de la arada. Y no reanudaron en realidad nada porque nada se había roto” (*Obras completas*, I, Madrid, Escelicer, 1966, p. 795). Noel, consciente precisamente de que esta España no era patrimonio finisecular, se lanzó a la batalla de una solución, en ocasiones muy dolorosa, de la enfermedad que corroía los cimientos de su amado país.

<sup>11</sup> En *Derecho consuetudinario y economía popular en España*, I, Madrid, Heinrich y Cía., 1902, p. 10, Costa apeló a imbuirse en lo popular desde cualquier rama de la vida.

<sup>12</sup> Costa utilizó la literatura desde un punto de vista krausista. De este modo, su escritura extraía las manifestaciones de la conciencia política, jurídica y económica del pueblo. *Cfr.* Rafael PÉREZ DE LA DEHESA, *op. cit.*, pp. 51-52.

espíritu. Por todo ello, la descripción primaba en Costa, mientras en Noel lo hacía la búsqueda del conocimiento, de los hilos primitivos que habían movido a España a adoptar una particular idiosincrasia. Sin embargo, ambas buceaban en una antigüedad como fuente de reconstrucción social. Así lo expresó Costa: “Hasta aquí se ha analizado la poesía popular española bajo el aspecto filológico, estético y literario [...] pero apenas ha sido utilizada de modo intencional y sistemático para penetrar el pensamiento ético, religioso, jurídico y político que animó al pueblo”.<sup>13</sup>

En Costa había una doble vía de acceso hacia estas realidades. Por un lado, el recuerdo armonioso de su tierra natal, y por otro, la esquematización que la Institución Libre de Enseñanza otorgó a las excursiones. Sin llegar a tal especialización,<sup>14</sup> Noel incidió de manera especial en los retazos de vida antigua. Todo ello sin incurrir en lo tradicional, algo que ya había adelantado Costa al pedir que el Cid fuera guardado bajo llave.<sup>15</sup> Basándose en esta diferenciación, Noel observó en las costumbres del pueblo la tendencia cada vez mayor a anclarse en el tradicionalismo, lo que impedía eliminar las trabas para dinamizar la vida social. Además, aprovechaba estas críticas para enumerar los verdaderos acicates de la raza hispana. De este modo lo expresaba:

El caso es conservar lo viejo, lo que se ve y se usa todos los días, lo que pasó a ser hábito y se consustanció en el instinto, lo que se hizo ley a fuerza de ser costumbre, lo que se convirtió en maneras, tradición, leyenda y gestas [...]. En Arroyo del Puerco sucedía lo que en toda España: triunfan siempre los timoratos, los débiles, los zurupetos [...]. El débil se impone con facilidad; no tiene más que asomar la punta de la navaja por la bocamanga dejando escondidas las cachas. El matonismo es la profesión de los cobardes morales. Y, como necesitan justificarse a sí mismos las barbaridades, tienen el talento de universalizar su egoísmo que, siendo colectivo, es ley.<sup>16</sup>

---  
<sup>13</sup> *Introducción a un tratado de política sacado textualmente de los refraneros, romances y gestas de la península*, Madrid, Imprenta de la Revista de Legislación y Jurisprudencia, 1881, p. 19.

<sup>14</sup> Observando cualquiera de los cuestionarios de excursiones del *Boletín de la Institución*, vemos cómo se describen con total exhaustividad los planes de los viajes. En ellos la labor descriptiva se aúna con la analítica en un intento de integrar todas las ciencias. De este modo, a la geología, zoología, botánica, etc., se suman aspectos antropológicos, etnográficos, sociológicos, culturales y de toda índole.

<sup>15</sup> El Cid que pedía Costa era el que “hincha los aires de acentos liberales que no han cesado de resonar en nuestra historia” (*Estudios jurídicos y políticos*, Madrid, Imprenta de la Revista de Legislación y Jurisprudencia, 1884, p. 172). Unamuno explicó perfectamente las diferencias entre “tradicional” y “tradición”: “Hay un ejército que desdeña la tradición eterna, que descansa en el presente de la humanidad, y se va en busca de lo castizo e histórico, de la tradición al pasado de nuestra casta, mejor dicho, de la casta que nos precedió en este suelo. Los más de los que se llaman a sí mismo tradicionalistas, o sin llamarse así se creen tales, no ven la tradición eterna, sino su sombra vana en el pasado” (*Obras completas*, I, *op. cit.*, p. 795).

<sup>16</sup> “Los caballistas de Arroyo del Puerco”, *Nervios de la raza* (1915), en *Raíces de España*, Andrés TRAPIELLO (ed. y prólogo), Madrid, Fundación Central Hispano, 1997, p. 68.

El Cid batallador o el Don Quijote conquistador de los caminos se habían convertido, para el español de a pie, en el reflejo de una casta basada en el coraje y la sangre. La gratuidad de estos comportamientos mostraba, según Noel, la síntesis de una estirpe incapaz de recuperar los valores positivos de la tradición. Las corridas de toros, el flamenguismo, la chulería arrogante, la falta de sensibilidad artística o la brutalidad eran, entre otros muchos, los resultados de una fisura entre lo popular constructivo y un presente enganchado a un casticismo ramplón. Ante el execrable espectáculo de un torero herido de muerte, Noel describía así el ansia de sangre española como medio de alcanzar la gloria:

¡Qué vergüenza!... ¡Qué pundonor!... ¡Qué hígados!... Sentirse con las tripas fuera y levantarse e ir hacia el toro y meterle el estoque hasta la bola roja y caer en charco de sangre inapreciable... ¡Qué tío! ¡Qué hombre! El Guerra no pudo detenerle. Su coraje... ¡oh, ese coraje eternamente rojo y gualda, sangre y honra nuestros!<sup>17</sup>

El viaje que Noel realizó a través del conocimiento de la antropología de la raza española era, como el de Costa, de ida y vuelta. Primero intervenía el conocimiento, el análisis, para, posteriormente, dictaminar la forma de atajar el mal. Ciertamente había entre ambos autores algunas distancias a la hora de objetivar las soluciones. Costa fijó sus esfuerzos en la política, la economía y las ciencias jurídicas; Noel, por su lado, se obstinó en criticar un conjunto de tópicos que los españoles habían interiorizado como rasgos positivos y diferenciadores. Pero, vistas en su conjunto, ambas posturas estaban de acuerdo en que una tradición distorsionada recogía el origen de todos los males.

La identificación entre el estudio de la tradición y su traslación al presente abría las puertas para que, precisamente, mostraran<sup>18</sup> otro camino hacia la modernidad. Costa lo había hecho con sus estudios consuetudinarios y etnográficos.<sup>19</sup> Noel lo retrataría en sus múltiples viajes, charlas y observaciones a través de los pueblos de España.<sup>20</sup>

---

<sup>17</sup> “Acuarela en negro, rojo y amarillo”, *Nervios de la raza*, Madrid, Imprenta de Sáez Hermanos, 1915, p. 117.

<sup>18</sup> El término “mostrar” es utilizado aquí con el significado de “enseñar”, lo que incidiría directamente en el sentido pedagógico de los regeneracionistas.

<sup>19</sup> En Costa el saber popular tenía carácter objetivo al apoyarse en las ideas y verdades innatas. Esta fuerza de lo colectivo era, del mismo modo, destacada por Noel al describir el habla, el vestido o la gastronomía de las diferentes regiones que visitó.

<sup>20</sup> En ambos escritores se reflejaba perfectamente la actitud excursionista que había movido a la Institución Libre de Enseñanza. Ortega Cantero lo describió con estas palabras: “Esa nueva actitud encuentra precisamente en la naturaleza y en el paisaje las referencias directas —las raíces— para definir un renovado código de valores —intelectuales y éticos— acordes con la pretensión regeneracionista y reformista articulada en la Institución. La busca [...] de una conciencia nacional regenerada, de un nuevo patriotismo auténtico y vigoroso, de una sensibilidad reformada en todos los órdenes, llevó a una educación encaminada al logro de renovadas y armónicas actitudes científicas, éticas y estéticas” (*Revista de Estudios Turísticos*, 1984, p. 72, citado por Antonio MOLERO PINTADO, *La Institución Libre de Enseñanza. Un proyecto de reforma pedagógica*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2000, p. 103).

Los sentimientos que Noel mostró en su contacto con los diferentes hombres y mujeres con quienes trató demostraban el amor por el conocimiento de su país y el intento por generalizar aquellas virtudes a toda la colectividad.<sup>21</sup>

A pesar de todo, Noel nunca dejó de expresar a través de dualismos, siempre con la mirada puesta en la corrupción de las costumbres, los temas que trataba. De este modo alejaba de la tradición lo que había causado inmovilismo.

Una de esas lacras fue la devoción que la gente tenía por los santos y la religión, lo que “crea escenas dignas de los celtíberos. Son los mismos. Aquella gente no ha progresado un punto. Rezan y piden alto, con súplicas, con exigencias”.<sup>22</sup>

En Noel, la verdadera religión estaba en el trato diario con el pueblo. Los dichos, los nombres casi perdidos de las cosas, el trato amable y cercano, compartir una comida con unos pastores y arrieros..., he ahí la verdadera religión. Solo de ella se podía sacar un aprendizaje provechoso. De este contacto surgió la sorpresa de un *flâneur* alejado de la gran ciudad: “Compadecidos los arrieros de mi ignorancia, se disputan el decirme cómo se llaman las cosas que voy viendo por el camino [...]. Aquellas son *becacinas*, ¿no me olvidaré?... Y las que salen de aquella maraña y *aliagas* se nombran *cercetas*. Los arrieros, encantados, me ilustran de firme”.<sup>23</sup>

Precisamente el aprendizaje que Noel exigía para el pueblo era devuelto por este en otros términos. El empuje pedagógico que la Institución Libre de Enseñanza había imprimido en sus comienzos se ampliaba con la implicación del saber popular. Su talante democrático y progresista le permitía, en consecuencia, “rebajarse” al nivel del acervo común. De este modo, ponía a la misma altura las enseñanzas de las supuestas elites y las del pueblo con fama de zafio e ignorante:

Los arrieros me explican que la cabalgadura esa no es un mulo, sino un burdégano, un macho romo. Mucho les alegra tener que enseñarme algo. Eso no se sabe en las ciudades, ¿verdad? Es un hijo de caballo y de burra; de la yegua y el garañón sale la

---

<sup>21</sup> Tal era el amor de Noel por España que había escrito las siguientes palabras como proemio a su libro *Nervios de la raza*: “Adoro mi patria y puedo sostener con orgullo que en estos últimos años ningún joven de mi generación —tengo veintinueve años de edad— ha trabajado por ella como yo. Calumniado, impopular, solo, pobre, supe vencer el obstáculo repugnante de la indiferencia o de la envidia que produce a los perezosos todo movimiento [...]. Mas mi patria, a la que sacrifiqué muchas y no pobres cosas, no puede pedirme que mienta; e implacable con sus vicios, la digo en este libro recias verdades” (*op. cit.*, p. 30). De nuevo podemos imaginar la lucha de este bohemio, de este “meledado” insultado tantas veces por sus compatriotas, y reconocer las penosas condiciones en que su trabajo se ejecutó. Por ello en ocasiones sus viajes parecieron, también, la búsqueda de un espacio propio en una tierra que lo rechazaba. *Viaje hacia ninguna parte*, rememorando la novela de Fernando Fernán Gómez. Pero, al fin y al cabo, viaje sin descanso.

<sup>22</sup> “Tierra cocida”, *Nervios de la raza*, *op. cit.*, p. 187.

<sup>23</sup> “Ajo arriero”, *ibidem*, p. 15.

mula. ¿Entiendo bien? [...] Nueva discusión; ahora sobre la ciudad y los pueblos. ¿Quién debe más a quién?<sup>24</sup>

La exaltación de estas formas de vida en la literatura de Noel mostraba la evolución del pensamiento de Joaquín Costa. El intento de este había sido generalizar el espíritu del pueblo hacia la nación y la raza, eliminando a su vez la individualidad.<sup>25</sup> Noel, aun intentando ese empuje colectivo, vio que la única solución era exaltar los regionalismos como medio de llegar al sentido universal histórico. No deseaba, sin embargo, la extensión de unos caracteres regionales hacia la nacionalidad que pudiera hacer “tabla rasa”, sino que el espíritu general que habitó en estas creaciones pudiera recuperarse como virtud nacional de raza.<sup>26</sup>

<sup>24</sup> *Ibidem*, p. 13. Sobre la base de esta discusión pivota el enfrentamiento que, durante todo el siglo XIX, había tenido como protagonistas al campo y la ciudad. Ciertamente este choque había surgido en la literatura, pero a la altura de estos escritos (1924) la ciudad hacía mucho tiempo que había ganado la batalla al campo. Aun así, se observa cierto resentimiento hacia el personaje que viene de la ciudad al campo creyendo que lo sabe todo. Aunque Noel, de talante siempre abierto, admitía precisamente que hay un campo que tiene mucho que enseñar a la ciudad. De hecho, es de este tipo de estructuras rurales de donde había que sacar la auténtica sabiduría para, luego, transplantarla a una ciudad invadida por el prosaísmo. En gran medida, Noel adoptó el intento de la Institución Libre de Enseñanza de unir el campo y la ciudad a través del trasvase de conocimientos. Él era, en este momento, el alumno que se alejaba de la rigidez oficial de los centros educativos urbanos para abrirse a un mundo que, además, amenizaba los viajes. Incluso podemos decir que llegó más lejos al otorgar el verdadero conocimiento del paisaje solo a aquellos que lo conocían y usaban: “¡Nosotros los pastores!... He aquí a un hombre [se refiere a él mismo] capaz de sentir un paisaje y rompiendo la serena visión porque no sabe cómo se llaman las cosas. Y he aquí a los pastores diciéndole cómo esas cosas se llaman, en grupo sugeridor, señalando con sus nervudos brazos desnudos las pedralvas, las cocas, los cotarros, los bustares...” (“Son capaces de arar la calva de su padre”. *Nervios de la raza*, *op. cit.*, pp. 120-121). En otros momentos, había afirmado en parecidos términos: “Y yo, con la pluma en la diestra y la tinta en el trozo de un cántaro despanzurrado, miro y miro a Colás, como antes miraba el paisaje, sintiéndole sin comprenderle” (“Lana churra y alma modorra”, *Nervios de la raza*, *op. cit.*, p. 203). Noel, en su afán de empaparse de la sabiduría ancestral, unió erróneamente conocimiento del medio con paisajismo. Otros datos nos decían que, ya en las primeras décadas del siglo, la gran mayoría de los habitantes rurales había emigrado a las ciudades. Los habitantes del campo poca o nula atracción podían sentir hacia sus espacios. Aunque Noel los describe como abundantes, la miseria era generalizada. Unamuno, aun refiriéndose a siglos anteriores, expresó certeramente el sentimiento de un paisaje que nada tenía que ver con sus habitantes: “Los antiguos eran poco paisajistas: el paisaje no era para ellos sino un medio para realzar al hombre, pero no lo sentían” (“El sentimiento de la fortaleza”, *Por tierras de Portugal y España*, Madrid, Austral, 1976, p. 184). Pero además incidió en el aspecto más relevante de la cuestión, ya que separó el sentimiento de la naturaleza de la descripción del paisaje como tema y objeto de la obra artística o literaria.

<sup>25</sup> *Cfr.* Rafael PÉREZ DE LA DEHESA, *op. cit.*, p. 55. Y sin embargo, Costa, en su novela *Justo de Valdedios*, presentó al héroe individual luchando por lo colectivo.

<sup>26</sup> El concepto de raza en Noel era complejo, pues aunaba los estudios antropológicos con la descripción que las ciencias sociales habían efectuado a finales de siglo sobre las características fisiológicas humanas. Además, se percibía en él la influencia de algunos estudios sobre la degeneración de la raza y el decadentismo finisecular. Noel trasladó estos conocimientos a una raza que era víctima del heroísmo

Pero tanto Costa como Noel compartieron pesimismo,<sup>27</sup> pues el alcance de sus expectativas se veía frustrado por un pueblo estático e incapacitado para actuar. En Costa este aspecto se constató claramente en su obra *Último día del paganismo y primero... de lo mismo*.<sup>28</sup> Aparte de su constante lucha contra el caciquismo y sus intentos educadores, Costa inducía a la masa colectiva a rebelarse contra los caciques. Al no conseguirlo, el protagonista de la novela caía en un profundo escepticismo.<sup>29</sup> En Noel el pesimismo adquirió unas características peculiares al asociarse siempre a una evasión extática ante la contemplación del paisaje o la obra artística.<sup>30</sup>

En numerosas ocasiones, Noel necesitó alejarse del contacto con la vida común. Su cuerpo y su espíritu se alimentaban así con la pureza de un momento libre de

---

de los antepasados, dando como resultado un particular acercamiento al problema. Costa, al ver París y su contraste con una España atrasada, explicó en parecidos términos las diferencias entre las razas. Cfr. Joaquín COSTA, *Ideas apuntadas...*, *op. cit.*, p. 17.

<sup>27</sup> No fueron los únicos autores en darse cuenta de que, en muchas ocasiones, su lucha era baldía. Unamuno fue consciente de que los españoles jamás abandonarían las figuras tradicionales de El Cid y de Don Quijote. Por ello lo que hizo fue eliminar directamente de estas figuras la historia antigua como base social, cimentándola en la intrahistoria. De este modo, podía resaltar las virtudes de estas figuras, trasplantándolas a la sociedad. Oponía así las hazañas de Don Quijote a la vida sencilla de Alonso Quijano. Cfr. Rafael PÉREZ DE LA DEHESA, *op. cit.*, p. 172. Se constataban en este planteamiento las diferencias entre Unamuno y los regeneracionistas como Costa y Noel. Mientras Unamuno acudía a la intrahistoria, Costa y Noel —aun acercándose al esquema unamuniano a través de la esporádica vía contemplativa— rechazaban lo que ellos creían alejamiento subjetivo de los problemas de la calle. Es probable que Unamuno nunca llegara a convencer a los regeneracionistas puros, pues su pertenencia a la clase intelectual se lo impedía en cierto modo. Incluso su intento de “chapuzarse” en pueblo, así como su llamada a alejarse de la teoría, no parecieron suficientes a quienes veían en él pura ensoñación tamizada de crisis personales.

<sup>28</sup> Joaquín COSTA, *Obras completas*, Madrid, Fortanet, 1911.

<sup>29</sup> A pesar de todo, Numidio —*alter ego* de Costa— no cesó en su intento por empujar al pueblo a la rebelión. Pero lo esperaba de la actitud revolucionaria de su hijo, quien debía heredar el legado de sus ascendientes. El problema es: ¿será capaz su hijo de llevar a cabo esta labor? El mesianismo en torno al hijo se había concretado en el 98. El cuento *Nihil* de Baroja es un ejemplo claro. En 1917, año de publicación de esta obra costiana, hay otros textos que expresan esta idea. Pienso en el cuento *Prometeo*, de Ramón Pérez de Ayala, aunque también en las conexiones que Ortega y Gasset había establecido entre el individuo y la masa. Todo ello muestra que el regeneracionismo del último tercio del siglo XIX había evolucionado hacia la duda en la capacidad de las nuevas generaciones. Acerca del mesianismo, cfr. Rafael PÉREZ DE LA DEHESA, *op. cit.*, p. 163. Este mismo autor corroboró la rendición de Costa ante su pueblo, cuando había afirmado que “España carece de aptitudes para la vida moderna” (*ibidem*, pp. 156-157). Aunque estas rendiciones, tanto en Costa como en Noel, fueron simples lamentaciones, ya que nunca dejaron de trabajar por sus convicciones. Por eso a Costa el no conseguir el puesto parlamentario por el que se presentó en 1896 no le impidió seguir su impulso reformista a través de las cámaras agrarias o la Liga Nacional de Productores.

<sup>30</sup> No debe confundirse este fenómeno con el abandono del regeneracionismo que, en Unamuno o Azorín, motivó el paisajismo interno. Tirso Galván había achacado este cambio al miedo psicológico hacia la revolución “desde abajo”, algo que no veían con buenos ojos los intelectuales. En Noel estas huidas de la realidad eran simples descansos en su camino y su obra.

luchas,<sup>31</sup> con la perfección de un simple pensamiento desligado de la idea: “El alma quiere subir: he ahí lo que siente el alma ante las montañas como Gredos”.<sup>32</sup> En otros momentos había dicho: “... el encanto de los paisajes, renovados a cada paso, rompe mis meditaciones”.<sup>33</sup>

Pero la batalla diaria era inevitable. De estas impresiones volvía con una rapidez inusitada al negro panorama que se abría ante él: “... subir hasta allí, hasta el pico más alto, a ver si desde allí aclaramos un poco nuestros turbios destinos, nuestras rudas ideas de luchadores por la vida”.<sup>34</sup> Incluso había momentos en que se manifiesta contra ese paisaje que lo alejaba de los problemas del pueblo:<sup>35</sup>

Envenena el alma la contemplación pura, pictórica; insensiblemente el paisaje pasa a ser un estado del alma y el espíritu que tanto trabaja y tanto sufre se abandona a la dulzura mortal. Nada de eso. Es necesario caminar, ver, enterarse, preguntar, sorprender a los demás en su trabajo penoso, cotejar incesantemente, violentar esa propensión a soñar despierto.<sup>36</sup>

---

<sup>31</sup> A Noel le ocurría esto lo mismo con un paisaje que con una obra artística. Nuevamente la influencia de la Institución Libre de Enseñanza se evidenciaba con claridad. Recordemos que en los programas de la Institución solían incluirse visitas a museos, organismos oficiales, catedrales, etc. Y, a pesar de todo, los institucionistas no fueron partidarios de interesarse tan solo por lo que se exhibía en lugares cerrados. Por ello acudieron a las calles de los pueblos y a la pura naturaleza. El sentimiento brotaba por igual ante un cuadro o la figura de un Cristo que ante la charla con un lugareño o el simple disfrute de la artesanía rural.

<sup>32</sup> “Día de mercado en Barco de Ávila”, *Nervios de la raza*, *op. cit.*, p. 101.

<sup>33</sup> “Son capaces de arar la calva...”, *ibidem*, p. 121.

<sup>34</sup> “Día de mercado...”, *ibidem*, p. 101.

<sup>35</sup> Aquí Noel hace alusión directa, tal y como antes he apuntado, al paisajismo de algunos componentes del 98. Y era así aun cuando los momentáneos arrebatos paisajísticos se adecuaban a la definición de intrahistoria que había hecho Unamuno. Pero la postura de Noel consistía precisamente en comprender al habitante común viviendo con y como él. Esta dura labor diaria lo mantenía apartado de los ámbitos y organismos intelectuales. Si hubiera optado por ellos, su labor habría podido tener mayor alcance. En este aspecto incide José Esteban en su estudio de *Las siete cucas*, Madrid, Cátedra, 1992, p. 12. A mi modo de ver, José Esteban yerra totalmente al achacar a Noel esta falta de visión y de búsqueda del triunfo. Para un bohemio como Noel, y además para un erudito de su talla, el triunfo —muy probablemente utópico, como él mismo sabía— era abrirles los ojos a los españoles. ¿Cómo hubiera podido medrar un bohemio de raza en una sociedad burguesa que rechazaba?

<sup>36</sup> “España la vieja”, *Castillos de España*, en *Raíces de España*, I, *op. cit.*, p. 348. El despertar de esta ensoñación lo había manifestado Unamuno en *Paz en la guerra*, cuando Pachico, imbuido de la armonía de la naturaleza, decidía trasladar sus virtudes a una ciudad en lucha: “Allí arriba, la contemplación serena le da resignación trascendente y eterna, madre de la irresignación temporal, del no contentarse jamás aquí abajo, del pedir siempre mayor salario, y baja decidido a provocar en los demás el descontento, primer motor de todo progreso y de todo bien” (*Paz en la guerra*, FRANCISCO CAUDET (ed.), Madrid, Cátedra, 1999, p. 510). Asimismo, la unión de la idea con el paisaje se dio en Unamuno, al igual que en Noel, como alejamiento de lo teórico: “La intensidad y pureza de la visión, penetrándonos por completo y espojándonos en ella, reducía nuestras almas a contemplación pura, a sentimiento sin líga de idea” (“Puesta de sol”, *Obras completas*, I, *op. cit.*, p. 74).

La pura contemplación en Noel no permitía explicar la realidad. Era simplemente un estado personal, un paisaje como estado del alma, al modo en que Amiel lo había descrito.<sup>37</sup> El rechazo de Noel hacia este extatismo provenía de la imposibilidad de mostrar, aunque fuera solo por un instante, su análisis del problema de España. Probablemente lo que no concebía era el choque entre aquel viaje místico y la miseria real de su país. Y sin embargo, vivió siempre en esta dicotomía, lo que le provocaba un sufrimiento constante: “La resaca, murmura; el viento también; el alma habla, yo escucho. A veces me inquieto demasiado, pienso en que sufro mucho, en que mis energías no vuelven convertidas en provecho propio; en mi soledad. Pero todo ello, ¿qué importa?... Lo sustancial es vivir, aprender, mirar”.<sup>38</sup>

Noel recogió en las últimas palabras de este texto algunos de los principios que Costa había absorbido de su paso por la Institución Libre de Enseñanza. Independientemente del fruto obtenido, ambos escritores incorporaron de la Institución la importancia de la vida, del conocimiento, la pedagogía y el amor por la naturaleza y el paisaje.<sup>39</sup> Y también los dos, a pesar de los embates de una sociedad caduca, continuaron en su lucha silenciosa y no reconocida.

El Costa regeneracionista estudió los problemas nacionales en la historia pasada para hacer un programa de urgencia sobre ellos.<sup>40</sup> Noel, aunque más inclinado a la crítica y la eliminación de los vicios, siguió igualmente a su maestro Costa en esta tarea. De este modo expresaba algunos aspectos que se debían mejorar tras la visita a un pueblo:

El pueblo posee cerca una gran laguna. Podía ser su vida y es su muerte. El agua embalsada en tan enorme cantidad no rinde tributos; es el pueblo quien le ofrece vic-

---

<sup>37</sup> El sentimiento místico hacia la naturaleza también se manifestó en Costa. Así lo apuntó Rafael Pérez de la Dehesa, quien vio en el pensador aragonés reflejos del Henry George respetuoso y enamorado de la naturaleza. Tanto en George como en Costa este acercamiento procuraba descripciones de tipo religioso (*op. cit.*, p. 109). Ciertamente el paisaje costiano es heredero directo del alentado por la Institución Libre de Enseñanza, donde se observaba una buena síntesis entre realidad y alma, tierra y espíritu. El propio Giner de los Ríos nos dejó una imagen que cuadraba bien con esta definición: “Jamás podré olvidar una puesta de sol, que allá en el último otoño, vi con mis compañeros y alumnos de la Institución Libre desde estos cerros de Las Guarranillas. No recuerdo haber sentido nunca una impresión de recogimiento más profunda, más grande, más solemne, más verdaderamente religiosa” (*BILE* 671, 1916: 54-55). Recogido por Antonio MOLERO PINTADO, *op. cit.*, p. 103.

<sup>38</sup> “España la vieja”, *op. cit.*, p. 351.

<sup>39</sup> Angelines Prado, sin parar a analizar sus afirmaciones, vio simplemente un efecto sugestivo entre la Institución Libre y el planteamiento noeliano: “Por supuesto la aproximación no tiene otro valor que el de conjurar un efecto sugestivo sobre Noel, puesto que las condiciones del grupo institucionista son diferentes y aun opuestas al fanatismo laico que él preconiza” (*Eugenio Noel y la literatura del casticismo*, Chicago, University of Chicago, 1968, p. 53). Precisamente en este estudio evidencio lo contrario. La cercanía entre Noel y la Institución Libre se extrae claramente de las intenciones de muchos de sus textos.

timas y el paludismo se encarga de avisar puntualmente y por barrios cuando les llega su hora. El panorama del pantano es muy bello; mas entristece el alma observar qué poco partido se saca en nuestra patria a las riquezas naturales.<sup>41</sup>

En otras ocasiones Noel atacaba la costumbre del español de creer que los árboles eran malos, idea que repitió en varios de sus textos:

La noche anterior habían aparecido destrozados los árboles ya crecidos que el Municipio plantara con objeto de “alegrar” la enorme extensión vacía. Allí podían leer nuestros sociólogos un libro sobre nuestra raza; los pobres arbolitos enseñaban su tronco roto por filo de hacha; muertos para siempre por una mano asesina, amante del polvo, la sequía y los páramos libres.<sup>42</sup>

El programa de mejoras de Noel se diferenciaba del que utilizó la Institución Libre solo en la forma. Más inclinado al artículo periodístico o al ensayo, literaturizó en muchas ocasiones sus andanzas por las regiones de España. Por ello sus soluciones siempre aparecían en contextos que permitían localizar en un mismo nivel los problemas de fondo. Su estilo conformaba ambos extremos, sin que por eso debamos hablar de actitud maniquea. Eran, más bien, pequeñas muestras, hábiles pinceladas donde se describía un universo totalizador.<sup>43</sup> Pero cuando Noel acudía a lo popular y alababa sus costumbres ancestrales, en realidad estaba recuperando aquel derecho consuetudinario de Costa donde se avalaba la verdad de la raza.

La raza que había que recuperar era la que se manifestaba espontáneamente entre los habitantes de las diferentes regiones. La ambientación de algunos de sus viajes, comiendo entre estos hombres, nos recuerdan las andanzas de Don Quijote alrededor de los cabreros. Sus dichos, costumbres e idiosincrasia eran señalados como las virtudes que debían primar sobre cualquier otro aspecto:

Les pregunto:

—¿Pero y con qué especias se ha sazonado este guiso que sabe tan bien?

Y ellos ríen. Allí solo hay agua y sal y los huesos de la res. Se cocen a fuego lento, sin hervir fuerte, y punto rematado. Pero allí hay algo más, y “eso” que sabe tan bien son aquellas encinas, aquel crepúsculo ideal, aquella noche que “a más andar” se acer-

<sup>40</sup> Rafael PÉREZ DE LA DEHESA, *op. cit.*, p. 168.

<sup>41</sup> “Los caballistas...”, *op. cit.*, p. 70.

<sup>42</sup> *Ibidem*, p. 68.

<sup>43</sup> Angelines Prado separó precisamente estos extremos en Noel. Esta autora unió erróneamente las ambivalencias estéticas —que existían, aunque no de un modo objetivo, sino como indagación de la tradición en la belleza que observaba— para conformar una duplicidad “moral” en el pensamiento noeliano. Este punto de vista no se sostenía desde el momento en que estudió a Noel bajo el calificativo de castizo (*op. cit.*, p. 48). Dicha idea está repetida constantemente a lo largo de la tesis.

ca, los olores del monte, menos fuertes que al amanecer, pero más intensos; la compañía misma de los carboneros y de los cabreros, que ya alegraba siglos hace el melancólico corazón del generoso hidalgo y despertaba en su cerebro seco las más dignas palabras que se le han ocurrido a ibero alguno [...].

Todos beben, y cada uno en distintas vasijas: liaras o cornatos, jarras, botas, pucheros y cacharros de firme barro [...].

Y con las sopas de leche trasegadas, la charla manchega incomparable, que ha creado el lenguaje más bello, preciso y realista que hay en la tierra [...] Cervantes debió de aprender en sus andanzas por tierras de estas y en hombres como estos, no el artificio y gravedad del habla vieja de Castilla, sino el amor y apego a lo suyo de estos hombres esteparios.<sup>44</sup>

Otro de los acercamientos entre Costa y Noel se produjo en torno al concepto de caciquismo. Pero al igual que en los demás puntos de su ideario, en Noel se observó una evolución que afectaba a la forma en que esta figura debía eliminarse.

El tema del caciquismo fue estudiado a fondo por Costa en *Oligarquía y caciquismo*.<sup>45</sup> En Eugenio Noel dicha problemática, que corrompía las instituciones españolas, se trasladó a sus crónicas sobre la vida en los casinos.<sup>46</sup> Estos centros se convertían, a través de anécdotas e historias de sus protagonistas, en alegorías que expresaban la decadencia estructural de todo el país. Noel utilizó paródicamente los modelos de varios personajes convertidos en tópico de la España oficial de la época. Reconocemos así al presidente del casino, a sus subalternos —en constante lucha por el poder y condenados a no entenderse nunca—, al bibliotecario que no guarda libros, a los jugadores de cartas, entre los que están el cura, el marqués, el joven pálido, el médico, el boticario, el militar, etc. En definitiva, todas las fuerzas “vivas” del país, que para Noel estaban totalmente muertas, y que, además, se jactaban con orgullo de esa situación. Así nos describía aquel ambiente:

Atmósfera de tabaco, de vicio, de holganza, de broma y de chistes [...] ¡Qué historia la de esos casinos! ¡Qué pequeño mundo de escándalo y de vicio! El funcionario honrado que allí se maleó; el militar bizarro que allí dejó su honor; la casa abandonada por estos salones, por esas cortas tardes en las que el juego, el azar, el

<sup>44</sup> “Zurra con unos carboneros...”, *Nervios de la raza*, *op. cit.*, pp. 72-73.

<sup>45</sup> *Cfr.* Rafael PÉREZ DE LA DEHESA, *op. cit.*, pp. 133 y ss. Constata este autor que el tema no era nuevo, sino que había sido tratado con anterioridad por Macías Picavea o Gumersindo de Azcárate, entre otros.

<sup>46</sup> Aunque en gran medida fueron los casinos, también se vio este asunto en las provincias y sus formas de trabajo. Las descripciones de las zonas industriales de Asturias o algunas ciudades como Vitoria, Murcia o Salamanca se convertían así en espacios agonizantes por su excesiva carga eclesiástica o por su incapacidad para generar progreso. Aun así, la relación de estos contextos con el casino era evidente. *Cfr.* los constantes ejemplos que se dan en *Castillos de España y Piel de España*.

alcohol, la conversación invertebrada, matan toda acción viva espiritual. Juego, juego y juego. Las regiones se desangran en sus casinos. Tomando todo a juego...<sup>47</sup>

El juego era la metáfora de una vida —la de España y los españoles— que se tomaba a chanza. Se jugaba de este modo con el porvenir de millones de personas que vivían, como el mismo Noel indicó, de tres únicos negocios: “clero, toros y casualidad”.<sup>48</sup>

La estructura del casino en Noel reflejaba la organización política de España. Sin llegar tan lejos como Costa, quien abogaba por extirpar los males del país en primer lugar a través del Parlamento,<sup>49</sup> Noel vio en las instituciones claros modelos para un pueblo que, aun alejado de la política,<sup>50</sup> se relacionaba con esta a través del cacique.

Las relaciones entre el ciudadano común y los dirigentes, ya fueran caciques, gobernadores civiles u otras autoridades, se comprendían al amparo del mantenimiento de los espectáculos y el ocio popular. Precisamente fueron estas formas de diversión, atacadas exhaustivamente por Noel al basarse en un heroísmo mal entendido, las que permitían un contacto “ficticio” entre la masa y la política. Las figuras del poder eran, en estos asuntos, vitales, ya que en ellas se delegaba la potestad de mantener las diversiones.<sup>51</sup> Y como jamás se negaron a darle su “opio”

---

<sup>47</sup> “El pequeño mundo de un casino”, en *Nervios de la raza*, *op. cit.*, p. 148.

<sup>48</sup> “Capea jocosa en Segurilla”, *Nervios de la raza*, *op. cit.*, p. 102. Criticó Noel, tal como lo hiciera Costa, al pueblo incapaz de alzarse contra estas lacras que lo empujaban a la desidia total. Este hecho fue explicado, en buena medida, como mimetismo entre los dirigentes y las clases bajas. José Nakens, en lucha constante contra el burgués, había reprochado a los propios obreros urbanos el conformismo en su ocio, lo que los acercaba a una asimilación de los postulados burgueses. Ello hacía que abandonaran la solidaridad respecto a sus compañeros del campo: “El obrero se solaza cuando puede, sin pensar en los millares de campesinos que van de un pueblo á otro pidiendo limosna...” (“Todos lo mismo”, *De todo un poco*, Madrid, Imprenta de Domingo Blanco, 1902).

<sup>49</sup> Costa opinaba así de los políticos: “... raza atrasada, imaginativa y presuntuosa, y por lo mismo perezosa e improvisadora” (*Oligarquía y caciquismo*, Madrid, Fortanet, 1901, p. 90).

<sup>50</sup> En su crónica titulada “Puente de Vallecas, 1898”, *Nervios de la raza*, *op. cit.*, p. 195, Noel hizo un recorrido por lo que él llamó “falacia del 98”. En él explicó cómo el pueblo se pudría en la ignorancia más absoluta, preocupado tan solo por mantener las corridas de toros.

<sup>51</sup> Ramón Pérez de Ayala supo concretar este acercamiento en parecidos términos. La relación entre política y toros se establecía como empuje de la masa hacia un fin específico: la sensación de libertad social que la fiesta otorgaba. De esta manera, el pueblo eternamente paralizado ante el poder político se permitía ahora mirarlo cara a cara e incluso insultarle por su incompetencia. Los toros, increíblemente, satisfacían por un instante los anhelos de la muchedumbre de creer en una soberanía popular capaz de regir la nación. A pesar de que Pérez de Ayala dio más relevancia al cambio de papeles entre los políticos y los ciudadanos, en general acudió a la misma idea que estoy analizando respecto al caciquismo en Noel. Decía así Pérez de Ayala: “En las corridas de toros el pueblo aprende. Y se habitúa a conducirse justamente de las dos maneras opuestas: con mofa y escarnio, ante la autoridad justa e inofensiva; con debilidad, ante la autoridad arbitraria o abusiva. Por una diferencia de apreciación

al pueblo, que de cualquier cosa podía carecer, pero no de esta, dichos representantes fueron considerados por muchos estamentos como una figura necesaria y aun beneficiosa para la sociedad española.<sup>52</sup>

Estos planteamientos nos permiten ver diferentes modos de abordar el caciquismo en torno a las primeras décadas del siglo xx. Además, cada uno proyectaba una visión particular de la política. Pero ninguno como la visión de Noel, quien desde su lucha contra el flamenquismo o los toros rechazó rotundamente esa figura paternalista que alimentaba los tópicos insanos de la raza. No aludía Noel tanto a las relaciones políticas verdaderas, ancladas en la alegoría del poder que eran los casinos, sino a la confusión de las disposiciones municipales en materia de ocio con una superestructura nacional donde el dirigente se veía como figura salvadora.<sup>53</sup>

Noel, en definitiva, solo veía al cacique como un elemento que aglutinaba en sus manos la capacidad de alimentar los instintos más atávicos en los ciudadanos. Y esto no solo ocurría en los pueblos y provincias, sino también en la capital de España, donde el cacique era el político “puro”.

Volviendo al magnífico trabajo de Noel titulado “Puente de Vallecas, 1898”, vemos cómo explicó de forma resumida y muy viva lo que fue aquel “desastre” para el pueblo, los escritores, las jóvenes generaciones de escritores, los políticos,

---

sobre el número de pares de banderillas, se le llama burro, a coro, al concejal, diputado o gobernador que preside” (*Política y toros*, en *Obras completas*, XII, Madrid, Renacimiento, 1925, pp. 261-262).

<sup>52</sup> Cuando Costa envió a varios autores y críticos de la época sus ideas expuestas sobre el caciquismo, recibió diferentes impresiones sobre el asunto. Por ejemplo, Emilia Pardo Bazán observó en el caciquismo una figura castiza, y según ella el pueblo y el cacique formaban una unidad necesaria. *Cfr.* PÉREZ DE LA DEHESA, *op. cit.*, p. 143. Ramón y Cajal, por su parte, veía el caciquismo como fenómeno absolutamente necesario. Cajal no abogaba por su eliminación, sino por su mejora y educación, lo que a la larga acarrearía la desaparición de su fama de figura dañina e inútil, *ibidem*, p. 144.

<sup>53</sup> Ramón Pérez de Ayala vio en el esquema política-toros (pueblo) la táctica perfecta para unas autoridades necesitadas de mantener el control constantemente. Pero además incluía al clero en esta relación, de modo que la iglesia y la política alentaban estos ocios populares para alejar peligros mortales y revolucionarios. Afirmaba así Pérez de Ayala: “... necesarias [las corridas de toros] en cuanto que distraen al pueblo de otros regocijos y pasatiempos nocivos, tales como la embriaguez o los solaces deshonestos. Que el pueblo ha de pasar de algún modo el rato de los días feriados es innegable. Queda entonces por elucidar únicamente cuál será la diversión menos peligrosa para el individuo y la sociedad. Entre que un obrero asista a una corrida de toros o a un mitin socialista, el clero no vacilará en declarar que es preferible lo primero a lo segundo” (*Política y toros*, *op. cit.*, pp. 218-219). El problema del control del ocio popular ya se había manifestado a finales del siglo XVIII, aunque esta vez como medio de mantener alejadas a las clases bajas de los jóvenes adinerados afincados en las ciudades. En este caso, las fiestas del pueblo —con toda su carga de costumbres y folclore— eran alentadas por las clases elevadas, que de este modo mantenían la segregación social y espacial intacta. Quien mejor lo ha estudiado es Edward BAKER en *Materiales para escribir: Madrid. Literatura y espacio urbano de Moratín a Galdós*, Madrid, Siglo XXI, 1991, p. 4 y ss.

etc. Uno de los temas más interesantes es precisamente el empuje de los de abajo por celebrar su corrida de toros. La derrota frente a los norteamericanos era vista como algo lejano, producto de las añagazas de unos políticos ladrones y cobardes:

—La patria está de luto y hay que comprimirse las ansias.

—De luto porque la han puesto ellos. ¡A ver si vamos a pagar justos por pecadores, todavía! Vamos a ver, ¿qué culpa tengo yo que no me he movido de detrás del mostrador desde que tengo dientes, de que Villamil se haya tenido que pegar un tiro en salva sea la parte y la haya diñado el comandante del “Vizcaya” y no haya quedado títere con cabeza? [...] ¿Si sabían que los iban hacer salchicha por qué no cogen al pueblo y lo dicen a por b lo que hay, lo que no hay y viceversa? [...] Bien saben buscarlo cuando necesitan del caño del Presupuesto...<sup>54</sup>

Este texto evidenciaba la distancia entre el ciudadano y la política nacional. El hombre común no pensaba en mejoras económicas, culturales o sociales a gran escala. Tan solo tenía puestos los ojos en sus fiestas. Por este motivo el intento de eliminarlas originaba su único contacto real con la política: “Y decían los dos buenos arrieros de Vicálvaro, que con motivo de la catástrofe no habría aquel año los acostumbrados festejos de la Virgen del Carmen en el Barrio del Sur, Puente de Vallecas y Nueva Numancia, todo en una pieza. Y la supuesta supresión les irritaba en gran manera”.<sup>55</sup>

Ante la posibilidad de que esto ocurriera, y para evitar los levantamientos del pueblo, Noel observó que los dirigentes acababan poniéndose a las órdenes del empuje irracional de la masa:

El Puente se divierte este año patas arriba y, ya lo verá usted, aquí se descuelga Madrid e islas adyacentes. ¡No faltaba más! [...] Ya que todo nos lo han robado también quieren llevarse nuestra alegría...

Se intentó. Mas el señor Moyano venció como Sampson en toda la línea, con ovación, oreja, rabo y vuelta al ruedo.<sup>56</sup>

Hay una figura fundamental que se manifiesta en estos ejemplos y que entronca directamente con la expuesta por Costa. Nos estamos refiriendo al hombre de hierro capaz de gobernar las diferentes situaciones del país.

La evolución de este planteamiento era clara en Noel. En Costa se había propuesto tras la eliminación del cacique, y por tanto como elemento rector en polí-

<sup>54</sup> “Puente de Vallecas...”. *Nervios de la raza*, pp. 204-205.

<sup>55</sup> *Ibidem*, p. 200.

<sup>56</sup> *Ibidem*, p. 209.

tica.<sup>57</sup> En Noel el hombre capaz se presentaba a través de la parodia de Moyano, el tabernero. Con la vista siempre puesta en los vicios del pueblo, Noel no hacía sino trasladar a Moyano el arrojo que, como hombre “oficial”, le faltaba al cacique. Así conseguía satisfacer, por vía doble, su crítica hacia el sistema. Por un lado, conectando de nuevo al cacique con el pueblo, convirtiéndolo en un solo bloque que se alimentaba de su propio cáncer y, por otro, describiendo la valentía del español a través de la violencia.

En la propuesta de Noel pudo observarse el distanciamiento de un cirujano de hierro que gobernara el país en términos políticos.<sup>58</sup> Prefirió volver a la base social para, allí, escenificar lo que para el hombre español preocupado por sí mismo era ese hombre rector:

—Di que uno no tiene ilustración ni padrinos, pero si a uno le oyeran en ciertos sitios les iban a entrar calambres. En el Puente torea “Salero” por la madre que me parió.

—Eres un hombre.

—Si como yo hubiera muchos no se burlaría nadie de nadie. He dicho que “Salero” torea en el Puente aunque haya que dar para eso una real orden.<sup>59</sup>

El genio español que Noel describía en estos textos era el que estaba arraigado en el subconsciente de la raza. El simbólico Cid que ganó batallas después de muerto o

<sup>57</sup> No pretendo valorar la figura del político intelectual en Costa. Rafael Pérez de la Dehesa, en su citado estudio da referencias exactas acerca de un sistema político que nada tenía que ver con la dictadura, sino con el surgimiento de hombres capaces, *op. cit.*, pp. 122-123 y 213 y ss. En *Quiénes deben gobernar después de la catástrofe*, Madrid, Ariel, 1900, p. 23, el propio Costa había adelantado algunos de estos principios.

<sup>58</sup> Noel recogió esta idea a través de la llamada que había hecho Costa respecto al hombre fuerte: “... uno de esos poetas de la acción, constructores de ciudades, cinceladores de pueblos” (*Los siete criterios de gobierno*, Madrid, Biblioteca Costa, 1914, p. 138). En varios de sus trabajos, Noel encarnó esta figura redentora que recordaba de nuevo a un mesías. Su convencimiento de que solo abriéndole los ojos al pueblo conseguiría arreglar el país estaba detrás de esa “superioridad” de poeta. Cuando Noel aventó las que él creía verdades de la patria, esta se rió de él y le humilló. Se lamentaba entonces de que no hicieran caso al verdadero cirujano: “Gallito debía saber, si ese joven leyera, que los públicos que le aplauden, le miman y hasta van a presidio por defender una faena suya, están muy enfermos de una enfermedad que solo pueden curar los cirujanos de hierro. ¡Los cirujanos de hierro! [...] España se ha creído que esos hombres cuando aparecen son tan débiles que fracasan ante la burla o el escarnio. Ignora la desgraciada España que se la ama tanto más cuando más se convence la inteligencia de que tal país está imbécil de remate” (*Escenas y andanzas de la campaña antífiamenca*, Madrid, Libertarias / Prodhufi, 1995, p. 28). En “Meditación ante *El pensador* de Rodín” Noel se convierte en la propia escultura que piensa en los designios del país, intentando ser, de nuevo, el cirujano que cierre las heridas por las que se desangran los valores hispanos pervertidos por un casticismo negativo, *ibidem*, pp. 61-62. La identificación con esta cabeza pensadora también la manifestó en su novela corta *El cuento de nunca acabar*, en *Novelas escogidas*, Madrid, El Grifón de Plata, 1956, p. 457.

<sup>59</sup> “Puente de Vallecas...”, *op. cit.*, p. 205.

el Don Quijote enfrentado con los molinos de viento se habían recuperado como virtudes incontestables. El orgullo del español consistía, según Noel, en demostrar ante los demás esta fuerza heroica, la verdadera casta. En definitiva, el español no creía en la política, sino en la pose. Con esta pose, y con la ayuda de los tópicos que la alimentaban, el tabernero Moyano y sus amigos se veían capacitados para ganar al enemigo más fuerte:

—Aquí debían estar los *yankees*... ¡maldita sea su madre!...

—Ante un toro le ponía yo a ese Sampson o Sansón.

—¡A un toro le iba a ir ese tío con el Iowa y los cañones de la puñeta!... ¡Cara a cara y hombre a hombre!...<sup>60</sup>

Si el juego del casino había representado una alegoría de las grandes autoridades en España, el pueblo jugaba de este modo su papel, demandando al poder sus parcelas en la sociedad. Noel veía en estas reivindicaciones la llave perfecta para que los caciques siguieran manteniendo el control, pues se hacían “imprescindibles”. Pero el intento de Noel por mostrar esta situación fue, como muchos otros, baldío.

A pesar de las diferentes formas en que tanto Noel como Costa llevaron a la práctica sus objetivos, parecía obvia la relación de dependencia del primero respecto al pensador aragonés. Los principios teóricos de Costa se habían sumado a las vivencias personales a la hora de establecer un plan político para España. Para él la visión miserable del país, asimilado a través de la experiencia, determinaba la creación del hombre fuerte entre las elites. En Noel el sustrato ideológico surgía de la base social para arraigarse en ella misma. Cualquier salida de este contexto habría pervertido sus miras.<sup>61</sup> Por tanto, la presencia del cirujano se circunscribía al empuje del joven luchador intentando una misión cercana a la utopía.<sup>62</sup>

<sup>60</sup> *Ibidem*, p. 223.

<sup>61</sup> *Cfr. supra*, nota 35.

<sup>62</sup> En “Oración fúnebre por Joaquín Costa” Noel pedía un relevo a las nuevas generaciones para que siguieran en la lucha. Para ello, acudía al pensamiento de Costa como faro que guiara sus pasos, lo que demostraba de nuevo su deuda con él. Pero también instó a la búsqueda de unidad política, criticando de este modo a los propios republicanos a los que decía pertenecer, a acabar con las diferencias que impedían cualquier avance: “Y ahora, jóvenes, encerrad su osamenta en caja de acero. Meted el féretro en un panteón magnífico. Reuníos en torno de sus obras, y ved si es posible que vuestra patria se regenere en las ideas del gigante. Sin odios, sin envidias, sin vanidades, ved si es posible que nos entendamos. La unidad italiana se hizo al sonido de la palabra Verdi. Costa puede ser nuestro lábaro. Dejémosnos de llorarle y veamos si el espíritu del león renace de sus cenizas venerables” (*Escenas y andanzas...*, p. 195). Ante las tumbas de los españoles gloriosos Noel atacó por igual a unos dirigentes y a otros. No comprendía que se mantuviera en tamaña desidia a los grandes pensadores mientras se hacían gastos fastuosos en corridas de toros o en otros espectáculos execrables. *Cfr.*, por ejemplo, “Una visita a la tumba de Ferrer”, *ibidem*, p. 23.

Los viajes de Noel por la piel de toro revistieron tintes de campaña apostólica.<sup>63</sup> El pobre bohemio rechazado por la sociedad superaba todos estos obstáculos mediante la fe en su misión y la esperanza en su país. Con una mirada puesta en la tumba de Costa, su particular nomadeo en busca del análisis de los males de la patria se asimiló a las excursiones de la Institución Libre. Pero la extensión de su diagnóstico<sup>64</sup> era tan amplia que necesitó ir a América a ensalzar los valores que aún creía recuperables para su país. Hasta su llegada a Barcelona en 1936, y su muerte en la más absoluta miseria unas semanas después, creyó este extraño personaje ser la figura virtuosa capaz de empujar a toda una colectividad.

Aunque ya hacía mucho que era tomado por personaje singular e inofensivo, el tiempo volvería a quitarle la razón. Viajar por muchos territorios de la península, en la actualidad, sería hacerlo por la misma que rechazó y disfrutó Eugenio Noel.

Universidad de Yale, junio de 2003

---

<sup>63</sup> A pesar de ello, dice Javier Barreiro que su punto de vista nunca fue paternalista, *op. cit.*, p. 61. Ciertamente, Noel nunca tuvo reparos en expresar crudamente todos los defectos sociales, haciendo que su vida basculara constantemente entre la belleza y la decadencia.

<sup>64</sup> Algunos de estos vicios también fueron apuntados por otros autores, mas fueron pequeños esbozos que no profundizaron en las raíces. Así, Costa atacó superficialmente los toros en *Ideas apuntadas...* Igualmente, Unamuno condenó la fiesta de los toros en "De esto y de aquello", *Obras completas*, III, refiriéndose expresamente a la campaña de Noel. El propio Azorin aportó su opinión al respecto en "Eugenio Noel", *Los valores literarios, Obras completas*, II, Madrid, Aguilar, 1959, p. 1.112, aunque él mismo había dicho en otra ocasión que más por amistad por Noel que por convencimiento expreso.